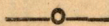


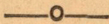
# UN ESPECTACULO EN "LA CABAÑA"

Por Sebastián SALAZAR BONDY

POR UNA vez, por lo menos, el teatro nacional mereció el honor de la primera plana de los diarios. Lástima que tan destacado lugar no se debiera a una creación artística memorable. El espectáculo que determinó tan notoria difusión no se realizó en el escenario sino en la sala, y entre los intérpretes se contaron algunos guardias de asalto —y no con armas de utilería, sino con las que emplean para impedir el ejercicio del derecho de reunión—, culminando el drama en una celda policial y en una sala de primeros auxilios. "Esta tarde se improvisa" es el nombre de la más heterodoxa pieza de Pirandello y ocurre aún en el "foyer" del teatro, en una suerte de libre creación escénica. La noche del martes, en "La Cabaña", también hubo improvisación, mas no pirandelliana. El Director del Teatro Nacional desalojó violentamente de ese local a casi un centenar de actores que ahí se dieron cita para expresar su descontento por la labor del encargado de aquella dependencia del Ministerio de Educación Pública. Y lo desalojó con la cooperación de la fuerza pública, que echó mano, por cierto, de los recursos propios de su oficio.



SE TRATABA de un conflicto q' bien pudiera haberse arreglado mediante la conversación pacífica y el tallo saiononico. La Dirección del Teatro Nacional dispuso —según afirma su responsable, con apego a una disposición reglamentaria— que la saia del Paseo de la República pasara de manos de la Compañía Wunder-Bouroncle a la de un joven conjunto de danzarines argentinos. Los afectados por esta decisión —que, conforme a sus declaraciones, sostienen no haber recibido la comunicación respectiva con el plazo de diez días antelados que fijan las normas— convocaron a sus colegas a la hora de la función de debut de los del Plata, ocuparon tablado y platea, montaron sus decorados (primer acto de "Calígula" de Camus, el drama del absurdo) y pusieron carteles alusivos a la arbitrariedad del director. A la hora de la hora, éste no encontró medio más eficaz de terminar con la rebeldía de los artistas que pedir la cooperación de la fuerza pública. Llovieron palos, bombas lacrimógenas, arrastrados por el cuello hacia los patrulleros, etc., todo el cuadro de vivísimo realismo de que los periódicos dieron cuenta.



SIN DUDA alguna el Director causante del escándalo —especialmente en su parte policial, la que precisamente hizo la noticia —está poseído por el espíritu del régimen político que los peruanos hemos decidido soportar, muy disciplinada y democráticamente, hasta julio de 1962. Contra toda opinión adversa, vara y gases. Yo supongo que los artistas argentinos —chivos expiatorios de la anómala situación por la que atraviesa el país y con él todos los organismos que dependen del Estado— sabrán comprender el caso. De todas maneras, merecen un desagravio, y el cronista se los hace llegar a título personal, de hombre de teatro. En cuanto a los actores nacionales agraviados, muchos de ellos han actuado en legítima defensa de sus derechos —la mayoría—, pero otros se han puesto ahora del lado tostado de la tortilla, es evidente.

EN SUMA, el asunto es bochornoso, y si no estuviéramos ya curados de espanto provocaría una crisis por lo menos en la Dirección Nacional de Cultura, de la cual depende (o pende, ya no se sabe) la del Teatro Nacional. Lo más probable es que no pase ahí nada. Y todo siga tan mal, o sea, tan normal como está.